

—¿Quién lo había de decir? exclamaban muchas al mismo tiempo..... Ayer tan bueno.....

—Ya lo creo..... y tan firme.....

—Si parecía que vendía salud.

—Como que tenía aún muchos años en que vivir.

En una palabra, la muerte del ciego se esparció por la casa como la noticia de un suceso inesperado; y no debe admirarnos semejante sorpresa, por dos razones. Primera, porque aquellas mujeres no conocían bien á Juana; y segunda, porque los pobres suelen no saber que se mueren hasta despues que están muertos.

Así fué como quedó viuda la madre de la hermosa vecina, que había hecho olvidar al *corrector de pruebas* la friolera de cien mil duros, transformándolo nada ménos que de millonario en poeta.

CAPÍTULO IX.

Magdalena.

Dejemos las tristezas y la soledad de la muerte para volver á las alegrías y al bullicio de la vida; como el mundo en que hemos nacido, volvamos la espalda al que acaba, para volver los ojos al que empieza; porque si no hay más remedio que morir, justo será que vivamos.

Juana es de nuestra misma opinion, y ya hemos visto que en materia de vivir es autoridad irrecusable. Así es que apénas quedó enterrado el pobre ciego, abandonó la habitacion, trasladándose á otro cuarto ménos triste, como si quisiera dejar sepultado entre aquellas cuatro paredes el último recuerdo de su marido.

La habitacion que habia elegido no era precisamente una *boardilla*, pero ¿qué más da?..... era un cuarto cuarto, con cuatro ventanas á la calle, con su sala y sus dos gabinetes, su comedor y su cocina. El alquiler subia á más de lo que ella podia pagar..... pero ¿habia encontrado otra casa?..... y urge..... urge mucho huir de la habitacion en que se nos ha muerto alguna persona querida..... Por supuesto, habia tenido que ir á instalarse á otra calle, á otro barrio, léjos, muy léjos del lugar testigo de su infortunio.

Era la nueva habitacion de la infeliz viuda lo que se llama una taza de plata, que algunos muebles modestos, aunque chapados de caoba, y una sillería de modesto nogal, vestida de humilde tapicería de lana, hacian más alegre la luz que entraba por las cuatro ventanas, y ménos pobres los reducidos términos de los dos gabinetes de la sala, del comedor y de la cocina.

Se respiraba allí esa paz, ese orden, ese sosiego que debe ser el patrimonio de las conciencias tranquilas; y preciso es decirlo, algo más consolada, pasó medianamente los len-

tos días de su riguroso luto, cuyo término llegó, porque todo llega en el mundo.

Pared por medio de su cuarto, en una habitacion enteramente igual á la suya, vivia..... ¡qué casualidad!..... un viudo; y para que la analogía de la situacion fuera más completa, así como la viuda tenía un hijo de siete años, el viudo tenía una hija que ya habia cumplido seis.

Era el padre de esta niña un hombre de anchas espaldas, de elevado pecho, de robustos hombros y de terribles puños; un hombre macizo como una pared maestra; un hombre de cal y canto, á propósito, como hecho de encargo, para la profesion á que habia dedicado, digámoslo así, sus talentos. Desde simple peon de albañil habia subido paso á paso, merced al vigor de sus brazos, á la elasticidad de sus músculos, á su audacia para correr por los sitios más peligrosos y á la honradez de su trabajo, que tambien en el mundo prospera algunas veces la honradez, y hasta las paredes son más sólidas, más firmes y más duraderas honradamente levantadas; habia llegado, digo, á la respetada-

ble posicion de *maestro de obras*; era el Hércules de los andamios.

Juntaba á su constitucion de piedra un carácter tambien de mampostería, y un corazon tan grande como su pecho; y reunía la doble salud de un cuerpo perfectamente robusto y de una alma completamente sana. Sin embargo, lo dominaban dos debilidades: ante el peligro no podía contenerse; ante su hija no podía enfadarse; amaba al primero con toda la fuerza de sus brazos, y adoraba á la segunda con toda la fuerza de su corazon; era un leon para el peligro, y un cordero para su hija; sentía á la vez el orgullo del oficio y el orgullo de padre.

Los mercaderes de carne humana, estos, los traficantes en asonadas, motines y revoluciones, veían en su fuerza, en su audacia, en su prestigio, y hasta en su sencilla ignorancia, un magnífico elemento para la rebellion, siempre urdida en nuestros tiempos, que habia de estallar de un momento á otro.

Y los conspiradores de oficio, los libertadores del día siguiente, veían bien, porque el maestro de obras en una barricada haría

prodigios..... La construiría como un ingeniero y la defendería como un héroe; era, pues, un excelente material para la sangrienta obra de cualquier motin, y claro está, trataron de seducirlo.

Primero quisieron hacerle caer en las redes de una sociedad secreta; pero él dió un paso atrás y les dijo:

—Yo no mino edificios; los levanto.

Después tentaron su codicia, y contestó sencillamente:

—No me vendo.

Más tarde le hablaron de la libertad, y replicó sonriéndose:

—¡Libertad!..... ¿acaso estoy en presidio?..... ¿acaso debía estarlo?

Por último, le leyeron una proclama anónima, en que se llamaba al pueblo para que con las armas en la mano rompiera á balazo limpio las cadenas de la esclavitud y estableciera su imperio soberano; lo excitaba á la rebellion en nombre de la moralidad..... á la traicion en nombre de la justicia; al motin en nombre del orden; al saqueo, al incendio y al asesinato, en nombre de la vir-

tud oprimida y de las leyes holladas.....

El maestro de obras oyó hasta el fin la lectura, y dando una tremenda puñada sobre la mesa del café, adonde lo habian llevado, prorumpió en estas palabras:

—No, nunca; por mis espaldas no he de consentir que suba ningun tuno.

No hubo manera de convencerle..... sabía, por lo visto, más de lo que creian los conspiradores que lo asediaban, y decidieron al fin dejarlo como cosa perdida, en razon á lo inaccesible de su brutal ignorancia, y más principalmente porque, cansado de tanta insistencia, empezaba á irritarse.

Así era, poco más ó ménos, por dentro y por fuera el vecino de Juana.

Ésta, por su parte, comenzó á sentir por la hermosa hija del viudo un vivo interes, pues aunque el maestro de obras la cuidaba con la ternura de una madre, la pobre niña se veía obligada á pasar el dia entero en el colegio, adonde su mismo padre la llevaba y su mismo padre la traia; porque el padre y la hija vivian solos con una mala criada que apenas sabía barrer la casa y poner el puchero.

Solia acontecer que al volver el padre con su hija de la mano, ó al salir con ella del mismo modo, Juana subia ó bajaba la escalera, segun caian las pesas, encontrándose con ellos. Ambos vecinos se saludan, dándose los buenos dias ó las buenas tardes; la viuda cogia á la niña, la suspendia en sus brazos y la cubria de besos, y continuaba subiendo ó bajando, segun iba ó venía, diciendo siempre:

—¡Oh qué niña..... qué niña tan hermosa; es un tesoro!

El cariño de Juana hacía la hija del maestro de obras iba en aumento, y la niña, por su parte, tambien se iba aficionando á las caricias de Juana, porque despues de los besos vinieron los dulces, y hasta hubo para la niña una preciosa muñeca..... desnuda..... porque ¡oh ternura!..... Juana misma se la quiso vestir. La muñeca fué el lazo que acabó de unir á la viuda del ciego con la hija del maestro de obras.

Los dias demasiado nublados, ó demasiado frios, ó demasiado calorosos, la niña no iba al colegio, porque se quedaba en casa de

Juana..... y cuando iba, no era siempre el padre el que la traía y la llevaba; porque la viuda con solícito cariño solía tomarse el trabajo de tan tierna tarea.

Por lo que hace al viudo, advertía que su hija iba mejor peinada, mejor vestida, más limpia; le parecía más dócil, más amable, más buena, y si es posible, hasta más hermosa. Además se entregaba más tranquilamente á las rudas faenas de su oficio, y sobre el pico de una cornisa ó sobre las frágiles maderas de un andamio, aplicando, la escuadra, tendiendo el cartabon ó tirando el plomo, se acordaba de su hija sin inquietud ninguna, porque estaba con Juana.

Del mismo modo que la muñeca había servido para unir entre sí á la mujer y á la niña, la niña servía para estrechar los vínculos que poco á poco se iban estrechando entre el viudo y la viuda.

Una noche oyó Juana que llamaban á su puerta..... ¿quién podía ser?..... abrió, y era el vecino.

—¿Qué ocurre! preguntó.

—Lo peor del mundo, le contestó el viu-

do, con la cara más atribulada que había puesto en su vida. Parecía que de golpe se había hundido el edificio de su felicidad.

—¿Pero qué es?..... volvió á preguntar Juana.

—Mi pobre Magdalena, contestó aquel Hércules casi llorando, tiene calentura.

Felizmente, aquel día la niña no había estado en casa de la viuda.

Juana tomó la llave de la puerta y la cerró, precipitándose ansiosa en el cuarto de su vecino.

Se acercó á la cama y cogió la mano de Magdalena, y en efecto, tenía calentura; el pulso latía bruscamente dentro de sus venas, en las mejillas se marcaban dos puntos de fuego, su frente ardía, y sus labios brillantes determinaban el precioso contorno de su boca entreabierta, con el color encendido de la sangre abrasada. En cuanto á sus ojos fijamente abiertos, resplandecían iluminados por el rayo sombrío de la calentura.

A pesar de la postración en que la tenía el incendio de la fiebre, la niña distinguió á Juana y movió los labios como si quisiera

sonreirse, y Juana acercó su boca de mujer á aquella boca de ángel, aspirando un momento su respiracion inflamada, semejante á la respiracion de un horno.

—Voy por un médico, exclamó el padre afligido.

—No, le dijo Juana, no es necesario; es un *causon* y mañana estará pálida, pero estará buena.

El maestro de obras miró á la viuda del ciego con una expresion de gratitud tan profunda, que es imposible describir, y Juana, por su parte, recogió aquella mirada con la misma solicitud que hubiera podido recoger un puñado de oro.

Mas, sea el que quiera el egoísmo, mejor dicho, el *positivismo*, que el lector haya podido advertir en el bosquejo de esta mujer, que confusamente le presento, aquella noche no se apartó de la cama de Magdalena, vigilando hasta los más imperceptibles movimientos de la enferma, palpando sus piés blancos como la azucena, que frios ántes, empezaban á entresudarse con el calor de la vida.

Hizo acostar al padre, y le infundió tal confianza, que el pobre hombre acabó por dormirse..... Al amanecer lo despertó, lo acercó á la cama de su hija y vió que Magdalena dormia profundamente.

De esta manera se fueron estrechando las distancias y enredándose las cosas, hasta el punto de que no hubo más separacion entre una y otra casa, entre una y otra familia, entre el viudo y la viuda, que los cuatro dedos de pared que separaban á una habitacion de otra; obstáculo bien insignificante por cierto para un maestro de obras, capaz de echar abajo de una sola puñada la muralla de la China.

Jamas habia pensado el padre de Magdalena en volver á casarse, porque en sus cortos alcances no habia imaginado que pudiera existir en el mundo una mujer que, como la que habia perdido, fuera madre de su hija; pero viviendo y aprendiendo..... al fin vió en Juana que Magdalena podia tener una segunda madre..... vió más; vió que ya la tenía.

Sin pompa, sin ruido, sin estrépito de nin-

guna especie, como dos rios serenos que se confunden en un mismo cauce, los viudos se casaron, movidos por un mismo sentimiento, atraidos por un mismo centro de gravedad: la niña.

Las ventanas del cuarto del maestro de obras aparecieron con papeles, y ademas se puso en la puerta de la casa una tablilla que decia: «Se alquila un cuarto cuarto con seis piezas.»

Juana, por un instinto de prevision propio de su cauta naturaleza, no habia querido abandonar su cuarto, para poder decir siempre: ésta es mi casa; y habia atraido á la hija y al padre, como el vacío atrae al aire.

Aunque con toda la dulzura de la luna de miel, la recién casada se opuso muy formalmente á que Magdalena volviera al colegio, fundándose en que una niña tan preciosa, que indudablemente habia nacido para duquesa, á quien Dios habia concedido la hermosura de un ángel y la majestad de una reina, debia tener maestros que vinieran á su casa á perfeccionar su educacion con todos los co-

nocimientos que realzan en el mundo la belleza de las mujeres.

El maestro de obras no habia caido en semejante cosa, pero tratándose de su hija era un hombre sumamente accesible, y se mostró razonable..... tan razonable, que la idea de su mujer le pareció sublime..... La obra de hacer de su hija una señorita, una duquesa, lo seducia, movido por ese elemento aristocrático, que, con perdon de todas las demagogias sea dicho, todos llevamos en la masa de la sangre.

Magdalena, que ya sabía leer la letra menuda y sabía escribir letras grandes; que cosía tal cual y bordaba así así, tuvo en seguida maestro de música..... maestro de dibujo..... y maestro de frances.

Se le dedicó en la casa uno de los dos gabinetes; el que tenía el papel de color de lila sembrado de rosas, en cuya alcoba, blanca como una paloma, se puso una cama de acero con adornos dorados, cubierta con colgaduras más blancas que la nieve, sujetas por una diadema de metal brillante como el oro.

Delante de la cama se le puso el tocador

para que el espejo repitiera su imagen dormida; para que cerrara los ojos viéndose, y los abriera al despertar mirándose.

Los muebles que decoraban su gabinete consistían en unas sillas de nogal tallado, guarnecidas de tapicería de seda azul con ramos blancos, un pequeño confidente del mismo color y de la misma tela, dos *marquesitas* que parecían hijas del confidente, un piano vertical y un precioso costurero de palo santo.

En honor de la verdad, el maestro de obras no pensó nunca en tanto lujo, pero una cosa había traído otra, y después de hecho el gasto, no hubiera quitado del cuarto de su hija ni una hilacha por todo el oro del mundo..... Es verdad que casi todos sus ahorros se fueron en aquella opulencia, pero veía á Magdalena cada vez más hermosa, y lo demás le era indiferente.

Es claro que la niña no había de vestirse como la pobre hija de un simple jornalero, y una vez metida en el rango de aquella educación y de aquel boato, se hacía preciso que estrenara á lo ménos cuatro trajes al año,

correspondientes á las cuatro estaciones..... ¿Cómo no había de estar su guardarropa en justa relación con sus muebles, con su cama, con su piano, con su costurero, con su cartera de dibujo, con sus libros de frances, y sobre todo, con su persona?.....

El padre bajó la cabeza ante lo incontable de estas razones, y aflojó el bolsillo, que ya andaba bastante flojo.

—¡Qué mujer..... decía, qué mujer!..... todo le parece poco para mi Magdalena.

Y tenía razón el buen hombre para admirarse y hasta enternecerse, porque Juana, en medio de aquel fausto repentino, no había salido de sus vestidos de percal ó de estambre, de sus pañuelos de seda cruda y de sus mantones de lana. Aquella mujer era la misma..... Siempre la misma.

Por el afán natural de adquirir nuevos recursos con que sobrellevar el lujo ya indispensable de su hija, contrató una obra por un ajuste alzado..... con tan poca fortuna, que perdió en vez de ganar, y donde tantos se hacen ricos, el maestro de obras empezó á hacerse pobre; es verdad que no era una

obra pública, costeadá por el Ayuntamiento ó por el Gobierno, sino una obra particular, pero aunque hubiera sido la obra famosa del cuartel de la Montaña del Príncipe Pío ú otra semejante, pues hay muchas en que escoger, el pobre hombre hubiera ganado poco, pues no tenía él gracia para esos negocios.

Juana lo sorprendía algunas veces meditando, y lo veía rascarse con frecuencia la cabeza con cierta impaciencia, como si le picara algo, no debajo del pelo, sino dentro del cráneo; y entonces, por distraerlo, por animarlo, hacia que Magdalena recorriera con sus dedos de nácar las teclas del piano, haciéndolas sonar con las notas tímidas y acompañadas de los primeros estudios..... ó hacia que le presentara los contornos indecisos de su último dibujo; ó con una seña imperceptible, la hacia saltar sobre las rodillas de su padre, y lo abrazaba y lo besaba hablándole en frances con encantadora travesura; porque Juana, que habia tenido al ebanista en un puño, habia puesto á Magdalena al pelo.

Y en efecto, el padre se distraía y se ani-

maba con las habilidades, los adelantos y las caricias de su hija, y levantándose, sacudía la cabeza mostrando la arrogancia del que está dispuesto á emprender la difícil conquista de este mundo y del otro. Vamos, delante de su hija era un cordero, al cual se le metía un leon dentro del cuerpo.

Pero, ya se ve, las simples ganancias de su trabajo, á la sazón no muy abundante, le ofrecían pocos ingresos para tantos gastos, y, dicho sea en latin, el *déficit*, semejante á un cáncer, empezaba á un mismo tiempo á devorar su corazón y su bolsillo.

Entre tanto Magdalena crecía en belleza, en gracia y en talento; bajo las formas angelicales de la niña iban asomando lentamente los suaves contornos de la mujer..... adquirían sus miradas una expresión más profunda, y su sonrisa siempre dulce parecia más reflexiva; sus mejillas habian perdido algo del puro sonrosado de la adolescencia, y brillaban bañadas por una palidez, cuya fresca blancura, que pudieran envidiar las hojas de la azucena, realizaban la extensa sombra de sus pestañas, dando al azul de sus

ojos el resplandor del cielo. Sobre esta palidez suave cruzaban ráfagas repentinas y fugitivas de un pudor inexplicable, advirtiéndose en todo su ser algo parecido al momento en que el alba se desvanece y el día asoma.

Allá en el fondo de su alma, envuelta aún en las esplendorosas sombras de la inocencia, debía verificarse alguna transformación desconocida, porque se notaba en ella á un mismo tiempo más timidez y más firmeza; resultaba ménos caprichosa y más tenaz en sus caprichos; quería ménos y quería más; lo que sus vagos deseos perdían en extensión, lo ganaban en intensidad.....

Su pecho solía hincharse como si de pronto entrara en él un mundo de suspiros, y algunas veces la había sorprendido Juana con las lágrimas en los ojos y la sonrisa en los labios; su cuerpo adquiría el aire sencillo y majestuoso que presta á las mujeres hermosas la castidad.

Una mañana en que la niña dibujaba en su cuarto y Juana cosía en el suyo, entró en esta última habitación el maestro de obras, cerró sigilosamente la puerta, cogió una silla

y se sentó delante de su mujer. Ella lo miró sonriéndose con toda la candidez que pudo encontrar á la mano, mientras interiormente se decía:

—Ya la tenemos.

No era el padre de Magdalena hombre que acometía de soslayo; al contrario, él iba siempre de frente, porque había aprendido, tal vez por razón de su oficio, que el camino más corto de un punto á otro es el camino derecho; tampoco era hombre que vacilaba, ni era hombre que retrocedía; mas por lo mismo, no se precipitaba nunca en sus resoluciones.

Apénas se sentó, dijo:

—Va á ser preciso tirar un poco de la cuerda.

—Sí, sí..... añadió Juana..... tiraremos todo lo que tú quieras.

—¿En qué te parece, preguntó él, que podríamos recoger velas?

El punto consultado debía ser difícil de resolver, pues Juana, dejando la aguja, apoyó el codo sobre la rodilla y la barba sobre el pulpejo de la mano, quedándose pensativa.

—Ten en cuenta, le advirtió su marido, que esto no es más que por ahora; pues como los días son tan cortos, nadie levanta un ladrillo del suelo y no se hacen obras; pero en cuanto los días alarguen, no faltará trabajo y sobrárá dinero.

—Bien, dijo Juana: pero entre tanto.....

—Pues entre tanto hay que meter la piqueta por alguna parte.

—Si ganáras más..... se atrevió á decir ella.

—¡Demonio! exclamó el marido..... Pues porque no gano más es por lo que se hace preciso gastar ménos.

—¿Y cómo? preguntó la mujer afligida.

—Ea..... no te apures, le contestó el maestro de obras; á mí me habia ocurrido suprimir tres gastos.

—¿Cuáles?

—Ocho duros al mes cuesta el maestro de música, ocho duros cuesta el maestro de dibujo, y ocho duros el maestro de frances. Son veinte y cuatro duros mensuales, con los que podemos ir tapando algunos agujeros.

Tapar agujeros llamaba groseramente el albañil ignorante á lo que cualquier ministro de Hacienda medianamente instruido llama científicamente *enjuagar la deuda*.

—Pero bien, replicó Juana, ocho y ocho son..... diez y seis, y ocho..... veinte y cuatro..... En dos meses que podrá durar esto, tendrás..... espera..... tendrás..... eso es..... cuarenta y ocho duros..... ¿y qué vas á hacer con cuarenta y ocho duros?

Si el ciego que dejamos enterrado en el capítulo anterior hubiera oido esta réplica, se habria hecho cruces, viendo cómo habia cambiado el espíritu económico de su mujer; pero ya sabemos que el ebanista se murió, como todos, para siempre, y que los muertos pierden el oido, ó por lo ménos, hacen como que no oyen.

Mas el marido de la mujer del ciego insistió diciendo:

—Cuarenta y ocho duros son al fin y al cabo, claro es, cuarenta y ocho duros, y no hay quien me saque de la cabeza que el que los paga no los debe.

Juana dejó pasar la corriente atropellada

de esta razon aritmética, y ladeándose hábilmente, dijo como aparte :

—¡Pobre hija mia!.....

Fué esta exclamacion un grito de socorro, de socorro contra un marido inexorable que parecia decidido á castigar el presupuesto, á ese criminal, reo de tantos y tan graves delitos, sobre el que tienen siempre los partidos la mano levantada, claro está, para cogerlo.

Fué como la voz de una mayoría que se levanta á detener las pretensiones económicas de un ministro inverosímil, dejado sin duda alguna de la mano de Dios.

A la exclamacion de «¡pobre hija mia!», el buen hombre se detuvo y reflexionó algunos instantes; mas convenciéndose, por lo visto, de que no era posible ser liberal con poco dinero, y no queriendo pasar por encima de aquella mayoría formada por el voto comun de la madre y de la hija, buscó una transaccion que evitára el conflicto de una crisis, pues veía venirle encima un nublado de lágrimas y sollozos, más terrible para él que si se hubiera desploma-

do sobre su cabeza el puente de Toledo.

No encontró más que una salida, y aprovechándola insistió en estos términos :

—Ya he dicho que eso no será más que por dos meses.

—Peor que peor, replicó Juana.

—¿Por qué?

—Porque es claro.

—¿Claro?.....

—Sí.

—No lo entiendo.

—Piénsalo y lo entenderás.

—Como no te expliques, no lo entenderé nunca.

—Pues mira, dijo Juana, en dos meses olvidará la niña todo lo que sabe de música, de dibujo y de franceses..... ¿lo entiendes?.....

—Aunque lo olvide, contestó el marido..... ¿qué importa..... si ha de volver á aprenderlo?

—Vaya si importa..... la cuenta es bien clara.

—¡Bien clara!..... repitió el maestro de obras con cierto asombro.

—Ya lo creo, mira tú si es clara; cuatro